

Roberto Meisel Lanner**

Saulo de Tarso & Federico Nietzsche, la lucha de dos solitarios* Saul of Tarsus & Friedrich Nietzsche, the fight of two lonely men

*“Para adorar ahora a Dios es preciso
o ir muy lejos o subir muy alto”
(Renan, 1942)*

Recibido: 15 de septiembre de 2010 / Aceptado: 28 de octubre de 2010

Palabras clave:

Cristianismo, Filosofía de la religión,
Saulo de Tarso, Nietzsche.

Resumen

El presente artículo de reflexión tiene como objeto central realizar un examen cotejado del pensamiento de Saulo de Tarso y de Federico Nietzsche, teniendo como punto de referencia las perspectivas filosóficas de religión esbozadas por ambos, y en este sentido vislumbrar a la luz de sus convicciones los puntos de divergencia y convergencia entre ellos. Asimismo, dar cuenta de los aspectos más relevantes en torno al cristianismo paulino y la posición crítica de Nietzsche.

Key words:

Christianity, Philosophy of religion,
Saul of Tarsus, Nietzsche.

Abstract

This article aims to reflect central collated examination of the thinking of Saul of Tarsus and Friedrich Nietzsche, taking as a reference point of religion philosophical perspectives outlined by both, and in this sense show his points of divergence and convergence convictions between them. Also account for the most important aspects about Pauline Christianity and the critical position of Nietzsche.

* Este artículo de investigación se deriva del proyecto “Aspectos fundamentales de la filosofía de la religión” llevado a cabo en el Grupo de Investigación Historia del Derecho y las Prácticas Jurídicas en la Formación de Abogados de la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla.

** Doctor en Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Libre de Colombia (1976). Especialista en Pedagogía de las Ciencias de la Universidad Simón Bolívar (2006). Magíster en Educación de la Universidad Simón Bolívar (2010) y Docente investigador del Programa de Derecho de la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla. Autor de varios textos de carácter biográfico, histórico, histórico-religioso y jurídico. rmeisel1@unisimonbolivar.edu.co

INTRODUCCIÓN

Circula la anécdota, ignoro cuán cierta es de que un día, el papa León X (1475-1521) convocó en sus aposentos al versátil Leonardo (1452-1519), al singular Rafael (1483-1520) y al genial Miguel Ángel (1475-1564) y les preguntó entre otras cosas, en qué creían. El apático le respondió que en el arte, el tenaz que en la belleza y el último de los citados, el taciturno, que en los hechos. Valga este mínimo aviso para la escucha, el hecho y no se trata de prestar oídos a una serie de proposiciones enunciativas alrededor del mismo, sino de seguir la marcha de lo que se va indicando a partir de un consenso o petición de principio, que es el hecho, más concretamente el hecho religioso lo que de ningún modo se puede controvertir en este escenario. ¿Qué es lo que brinda la ocasión para designar como punto de partida del acontecer filosófico de esta índole, al hecho religioso? Que la filosofía de la religión¹ se ocupa simplemente de ese evento con

sus correspondientes categorías –ritos, clero, sacramentos, ética, santos, etc.–, y que se halla además al margen de una filosofía religiosa a la que le correspondería por ejemplo, tocar el tema alusivo a la redención-salvación o a la teología a la que le incumbiría la existencia de Dios, sus atributos y perfecciones. No se debe confundir empero con la teosofía que afirma la eternidad del universo, la universalidad divina y que ha intentado desde 1886 desarrollar en el hombre los poderes que posiblemente posee en forma latente ni la teodicea que es la metafísica del conocimiento de Dios, y de sus particularidades únicamente a través de la razón. Son tópicos diferentes y divergentes aunque puedan tener en el fondo un hilo conductor. Lo repito, el hecho es una cosa real y concreta que permanece constante en su pasar como presencia por el espacio y por el tiempo y debe prohijarse su presencia en este contexto para poder vislumbrar de una forma más ágil estos dos personajes que nominan la ponencia.

¿En qué medida no es factible oponerse al hecho religioso como certidumbre? Eso envuelve los siguientes interrogantes: ¿por qué motivo, de qué manera y desde dónde se proclama eso? Todo intento de pensar el hecho teje una madeja intrincada de referencias que apenas han sido elucidadas en su extensión y por eso al instante de nombrar el hecho solo se distingue una posibilidad objetiva de verificación, de com-

1 Este término significa la creencia en una garantía sobrenatural ofrecida al hombre para su propia salvación y las prácticas o ritos necesarios a fin de obtener y mantener esa garantía. Ese aval va más allá de lo natural o sea escapa a los controles humanos, de modo que el accionar del mismo es arcano e inescrutable. Al margen de las tres doctrinas acerca del origen de la religión, divino, político y humano, es pertinente puntualizar que detrás de todo esto se esconde el ancestral temor del individuo acerca de su porvenir más allá de la muerte y por ello el nacimiento de la religión hay que vislumbrarlo no en la contemplación que hacía o hace cada persona del mundo sino en el interés por los hechos en ese mundo que podrían facilitarle, la perspectiva de un futuro promisorio, lejos de los afanes de la existencia cotidiana y que le reveló o le revela además la certeza acerca del nacimiento del universo. “La religión” dijo Hegel “es la relación con lo Absoluto en la forma del sentimiento, de la representación, de la fe y en su centro omnicomprendivo todo está solo como cosa accidental y evanescente...” pero queda algo en claro que no es la religión la que ofrece la garantía sino un órgano que aparece incrustado en su seno, la fe (Heb.11, 1) y a la sazón podría entenderse igualmente a la religión como la administradora de ese órgano superior (Nota del autor. Véase además: *La Santa Biblia* Versión Reina Valera (1989). Bogotá: Sociedades Bíblicas

Unidas, p. 1512. Abbagnano, Nicola (2004). *Diccionario de filosofía*. México: FCE, pp. 913 y ss. Shakespeare, William (1991). *Obras completas, Hamlet, El príncipe de Dinamarca*. Acto III, escena I. México: Aguilar).

probación o de control y por lo tanto, también de descripción en el sentido de que cualquiera puede hacerlo propio en las condiciones adecuadas (Abbagnano, 2004). Tampoco se debe asociar con las verdades de hecho y verdades de la razón, pues estas son de otra prosapia y lo mejor será entender que el hecho es una realidad fundada en determinada relación causal (Abbagnano, 2004). Bien el motivo del hecho religioso consta en que no es más que el objeto del concepto cuya realidad objetiva puede verificarse sin tanto estropicio. ¿Quién no ha advertido el hecho de que alguien profese determinada religión, asista a un culto y defienda su credo? Eso desarrolla la manera como se provee ese hecho² y como se propaga en el tiempo y en el espacio. La evidencia al mejor estilo cartesiano me releva de proseguir con lo que significa el hecho religioso y cómo puede convertirse o mejor cómo se ha convertido en el sustentáculo de la filosofía de la religión.³

2 No se debe confundir hecho con acontecimiento. Mas se asemeja al fenómeno cuando aparece de plano, pero en todo caso, el acontecimiento según Kant era una noción más específica del hecho (Nota del autor. Véase además: Kant, E. (2004). *Crítica del juicio*. Buenos Aires: Losada, pp. 91 y ss.).

3 Cuando aludo a “la filosofía de la religión”, ha de entenderse que se trata de la religión cristiana que ha dominado por centurias el pensar occidental. Otro tipo de religiones monoteístas podrían tener alguna referencia en este escenario pero no son preponderantes. Igualmente es plausible aclarar que la filosofía de la religión no puede ser asimilada o manejada desde la sociología, desde la historia o desde la psicología porque cada una de esas ciencias analizan el hecho religioso desde su ángulo y trastornan en cierto sentido la relación racional que surge entre la filosofía de la religión y el hecho religioso. La presencia de la filosofía de la religión tiene como soporte un auténtico reconocimiento del evento religioso porque hay un nexo entre la filosofía en general y la fe, una identidad de contenido que podría facilitar la aproximación hacia una certeza de ese hecho religioso, punto axial y al desmitificarlo brindará una nueva fase en la búsqueda de un límite –como quería Kant– y avivar la comunicación entre creyentes y no creyentes desde la órbita de ese hecho religioso llevado y lo reitero al límite o dentro de los límites de la razón. Cabe pre-

Conozco el peligro a que me expongo al suponer que las reflexiones que voy a verter a continuación sean intuitivas cabalmente, por ello me resigno de antemano a la sinrazón de hacerme copartícipe de las opiniones que sobre el particular profesarán los interlocutores de esta ponencia por arbitrarias o contradictorias que parezcan. Los tiempos de los esquemas absolutos han desaparecido casi por completo, pero eso no significa que se haya renunciado a la búsqueda de una consecuencia natural o artificial en la cadena de hechos del cosmos, por el contrario, eso simboliza que cada uno puede considerar cualquier opción, viable, por muy extraña o desatinada que le parezca a la cibernética o a ciertos sectores, y sin que eso envuelva censura, burla o cuestionamiento. Por otra parte, la situación moral del mundo, fatal por tantos hechos que la motivaron, aumenta la necesidad de mirar alrededor a ver si existe la posibilidad de que una plegaria al unísono pueda surtir efecto y que la humanidad creyente pueda experimentar más tarde la grata sensación de haber sido escuchada en su plenitud. Si bien no hay la constancia de que existan seres finitos o cuerpos gloriosos que, desde fuera de este entorno, puedan actuar a favor de uno o de otro o de atender determina-

guntar ahora: ¿Pueden existir juicios sintéticos *a priori* en ese resbaladizo terreno? Sería indispensable hallar la incógnita en que se fundaría la eventual conexión necesaria entre sujeto y predicado, una vez excluida la experiencia y el simple análisis de esos conceptos. Algo nada fácil por cierto y solo factible en el campo de las matemáticas y de la física entre otras disciplinas llamadas duras representables en el tiempo y en el espacio. El eventual juicio sintético *a priori* podría ser: Dios es amor (1 Juan, 4,8) (Nota del autor. Véase además: *La Santa Biblia* (1989). Versión Reina Valera, Bogotá: S.B.U., p. 1535. Abbagnano, Nicola, *op. cit.*, pp. 916 y ss. Kant, Emmanuel (1999). *La crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Alfaguara, prólogo y notas de P. Ribas, pp. XXIV y ss.).

da súplica, eso no descarta la posibilidad de que realmente exista al margen del mundo visible un ser superior y activo que de pronto pudiera extender su mano y quizá torcer el rumbo púdico de la tierra. No se trata de especular que se puedan alterar los mecanismos cósmicos, ¡ni más faltaba!, simplemente la de imaginar cómo podría atender la naturaleza de la diestra de ese Ser Supremo esos requerimientos urgentes y en sus extraordinarias e inesperadas combinaciones proceder en consecuencia. El deseo es el gran resorte providencial de la actividad cotidiana (Renan, 1942) y eso puede variar hasta las cosas aparentemente bien dispuestas y ajustadas.

RESULTADOS DE INVESTIGACIÓN

1. *Es hora de ir al grano*

¿Qué tuvieron en común estos dos hombres? La soledad, pero no en el sentido de aislamiento de los demás o en la búsqueda de una mejor comunicación, sino en la averiguación de formas diferentes y superiores de información y trato, con miras a otros nexos con hombres del presente o del futuro o la tentativa de liberarse de la pesada carga de la rutina, de lo pretencioso o de lo frívolo con el fin de manejar otro tipo de relaciones sociales. Quizá esa soledad los condujo a reducir las cosas o la realidad de esas cosas a estados o actos del sujeto —percepciones, ilusiones representaciones, acciones— una especie de subjetivismo moral o estético y aunque carece de precisión el alcance de tal postura subjetivista es de recibo señalarla aquí para formarse una idea de cuál fue el cordón umbilical que los unió. Esa soledad los trasladó al ejido de lo sublime

porque formularon desde sus minaretes⁴ unas formas literarias o lingüísticas con un profundo sentimiento de humanidad y exhibieron además unas actitudes altruistas y nobles que descubrieron algo que aun llena de asombro: que habían captado hasta cierto punto una resonancia del alma universal cuyo eco repica en el cosmos y que solo escuchan indiscutibles espíritus de alto vuelo.

Es más, estuvieron con muchas personas a su alrededor, Saulo de Tarso tuvo más contacto con la multitud, eso fue cierto, pero eso reveló que la soledad se hiciera más patente y más patética y que los instara a recluirse cada vez con mayor

4 Otra faceta que podría integrarlos sería la de que fueron sendos filósofos de la autenticidad —pese a la repulsa que frente a la sabiduría sentía Saulo de Tarso (1 Cor 3,19-20-21)— pero eso no obsta para aceptar que era un filósofo auténtico y eso lo acotó Danilo Cruz Vélez, que era en términos generales aquel que esbozaba un mundo como marco de aparición de todo lo que había y dentro del cual se decidía sobre el ser y el no ser. En ese sentido ambos personajes al desarrollar desde su perspectiva un orbe diferente con un criterio de verdad con nuevos fines, estaban fraguando algo que ha sido sumamente difícil hallar en el escenario de la humanidad, la autenticidad y la certeza de que ese sentimiento era a todas luces incontestable. No hay que olvidar, sin embargo, que en la actualidad la idea en torno de la filosofía es que ya no es una visión del mundo únicamente, sino además una visión del lenguaje o sea un pensar sobre el decir del pensar y en ese sentido es pertinente incorporar esa acepción al contexto de la filosofía de la religión y poder entender de esta manera muchos conceptos cardinales del N.T., vertidos sin un ajuste semántico, como por ejemplo pecado, que en el orbe griego tuvo una connotación diversa a la que se manejó dentro de la Iglesia ya que allí significaba omisión de algo, un dejar pasar, sin que implicara maldad pero fue esta última tendencia la que se arraigó con un tono perturbador en el seno de la feligresía, igualmente el vocablo redención, ya no debe ser algo que se cree sobre una meta sino que es un nombre que concierne a lo que el lenguaje de aquella época quiso significar y que ahora es menester ponerlo de presente. Mientras no se esté en condiciones de llegar al fondo del lenguaje cristiano primitivo o a sus antecedentes, habrá simplemente transmisión de una sucesión de nombres a la historia que muchas veces carecen de un toque de autenticidad para que el prosélito lo calibre mejor (Nota del autor. Véase además: *La Santa Biblia, op. cit.*, p. 1432. Nietzsche, Federico (1992). *Fragmentos póstumos*, nota de Danilo Cruz Vélez, Bogotá: Norma, p. 28. Agamben, Giorgio (2008). *La potencia del pensamiento*. Barcelona: Editorial Alfaguara. <http://www.bdigital.buap.m>. Leído: mayo 6 de 2011).

ahínco dentro de su exótica personalidad de una manera peculiar. Hablaban de todo y con casi todos, pero esa unidad indivisible eran las redes de las cuales querían sustraerse a fin de dar más fuerza a sus planteamientos. Y es que en esto los dos pretendían suplantar a la naturaleza o mejor contradecirla para reemplazarla por el atractivo de la ilusión de alcanzar algo que superara el estado de cosas vigente en aquellos días, y fueron muy lejos por ese camino, ásperamente bien remoto y montaron un escenario proveyéndolo de todos los efectos imperiosos que permitió entrever la profundidad del fondo de todas las cosas para provocar aprensión, contrariedad o consternación. Para ello, era indispensable que estuvieran solos, ascetas dentro del gentío, misántropos en grado sumo a fin de subyugar a la posteridad con el espectáculo de sus proyecciones.

Es menester especificar el contenido.

2. *¿Quién fue Saulo de Tarso?*

Una de las personas mejor conocidas del cristianismo; no solo se poseen las epístolas sino también la reseña que hizo Lucas en los Hechos de los Apóstoles lo que ha facilitado a la posteridad manejar su perfil: intelectual eminente, polemista agudo, hábil contradictor, forjador de máximas lapidarias, viajero consumado, extrovertido para los efectos de la difusión de la buena nueva, dogmático a ultranza, apasionado por aquello en que trabajaba y perseguidor arrepentido. Y no era para menos pues se hallaba en la encrucijada del mundo griego, del mundo romano y del mundo judío, de suerte que si no actuaba con relativa luminiscencia o con suficiente

integridad podía sucumbir en cualquiera de esas tres dimensiones que ya principiaban a lidiar contra el ocaso. Solo con esas herramientas intelectuales pudo este individuo de casta, durante dos décadas y pico más o menos acompañar a esclarecer los colosales inconvenientes del cristianismo primitivo y que no se habían solventado de una manera pertinente por lo difícil que resultaban para el entendimiento de los demás apóstoles y de sus numerosos prosélitos. Esos problemas giraban en torno a la fe en Cristo, a la salvación en Cristo-Jesús, a la índole de la Iglesia como cuerpo de Cristo, a la resurrección y a la conducta de los fieles.

Retrotrayendo la mirada a su pasado, es conveniente indicar que nació en Tarso en una fecha sin precisar, ciudad no insignificante de la provincia romana de Cilicia (Hechos, 21, 39, Santa Biblia, “S.B.”) como ciudadano romano con todas sus prerrogativas (Hechos, 25,9-12, “S.B.”) de origen judío además y con un oficio que era hacer tiendas (Hechos, 18,1-3, “S.B.”) y pese a todo eso que podía interferir en su vocación de estudioso de la ley –seguramente aspiraba a ser escriba o doctor– adquirió una sólida formación en Jerusalén que le sirvió para acosar a los cristianos primitivos con el objetivo de impresionar a los sumos sacerdotes –sus futuros enemigos– antes de su increíble conversión tras el incidente de Damasco (Hechos 26, 4-23, “S.B.”). Ni siquiera él supo o pretendió sacar de la duda que quedó en el ambiente acerca de si había conocido a Jesús en vida (2 Cor, 5, 16, “S.B.”), como para restar importancia a ese eventual encuen-

tro⁵ y remitirse a otras cosas superiores y más trascendentales, la salvación y otra existencia, más allá de la parca. Lo tangible fue que se alió muy rápidamente con los acosadores de la incipiente grey y después de obtener un mandato para proseguir con su agresiva campaña contra Cristo, se vio atrapado desde lo alto y se reparó compelido a reconocer que la gracia del Señor estaba a su lado (año 33 o 34 d.C.) y después de un periodo de iniciación en Arabia que duró tres años se incorporó de lleno en la actividad apostólica con un celo y con un afán digno de admiración, igual al que desplegó cuando pertenecía a la obediencia hebrea. De acuerdo con la tradición pronto de un incesante peregrinar por el Asia Menor según consta en los Hechos de los Apóstoles y en sus epístolas y después de haber recurrido a César en vista de que el proceso que se le adelantaba por parte de los judíos en Jerusalén no era procedente,⁶ dado su fuero,

fue enviado a Roma en donde quedó a disposición del emperador Nerón, sin que las fuentes formales enseñasen que murió decapitado sino lacónicamente que predicaba el reino de Dios abiertamente y sin impedimento de ninguna especie (Hechos 28,31, “S.B.”). En todo caso sus epígonos consideraron que sucumbió como un mártir decapitado por disposición imperial. Pudo fallecer entre los 60 y 70 años de edad, quizá un poco más si se tiene en cuenta que se formó con un doctor de la ley llamado Gamaliel (Hechos 5,34-40; 22,3, “S.B.”) y eso acaeció al principio de la gesta cristiana (circa 35 d.C.).

3. ¿Quién fue Federico Nietzsche?

Es menester indicar lo más importante de su discursar así como el surgimiento de su vocación filosófica y la concreción de sus planes en ese sentido dentro de un orbe que estaba alterando su rumbo y enderezando la proa hacia un progreso material a ultranza a despecho de la pérdida de ciertos principios y sin que aparecieran otros en su reemplazo. Nació en Rocken, una pequeña aldea prusiana localizada en la zona de Turingia, el 15 de octubre de 1844, hijo de un pastor protestante y de una madre con profundas convicciones religiosas (Valesi, 2007). Al orbe intelectual ingresó al promediar 1865 cuando leyó la obra cumbre del pensador alemán Arthur

5 No es fácil apuntar cuántas veces estuvo Jesús en Jerusalén, pues los sinópticos expresaron que solo una vez subió a la capital de la paz antes de ser ajusticiado (MT 21, 1.-MC 11,1.-LC 19,28) y en cambio Juan apuntó que por lo menos fueron cinco veces las que estuvo el Maestro en esa ciudad y desde el comienzo de su ministerio (Juan 2, 13 y ss.), lo que a mí me parece más factible, ya que esa urbe era el centro de la vida religiosa de los judíos y no iba a ser menos que el Mesías durante los tres años que duró la evangelización no se hubiera aparecido en las festividades puntuales. En todo caso parece poco probable que el joven Saulo de Tarso oyera algo referente a Jesús, pues para esa época era usual toparse con falsos mesías o profetas (Nota del autor. Véase además: *La Santa Biblia, op. cit.*, pp. 1222 y ss.).

6 No es de este lugar comentar los aspectos de ese trámite judicial incoado por los judíos por haberle visto ingresar al templo que tanto cuestionó en sus viajes misioneros y hacer las ritualidades propias de la obediencia hebrea que combatía con un atronador verbo a lo largo y ancho del Asia Menor –un acto insensato a mi precario entender– y eso aparejó su detención por blasfemo y otras infracciones, la intervención del tribuno le salvó la vida y quedó a disposición de la autoridad competente por espacio de dos años hasta que cuando fue requerido para que se defendiera formalmente ante el Sanedrín, protestó con vehemencia y recurrió al emperador en su calidad de ciudadano romano, por lo que el gobernador Festo tuvo que acceder

a lo solicitado y enviarlo a Roma (Hechos, capítulos 22-25). La defensa, en todo caso, de este apóstol de los gentiles fue formidable y ha sido una pieza procesal de importancia para los admiradores de la oratoria forense (Nota del autor. Véase además: *La Santa Biblia, op. cit.*, pp. 1397/1402).

Schopenhauer (1788-1869)⁷ *El mundo como voluntad y representación* (1818) y cuando tres años más tarde conoció al compositor alemán Richard Wagner (1813-1883) y por esos contactos intelectuales amén de otras competencias innatas y adquiridas⁸ ya en 1869 fungía como profesor de filología clásica en la Universidad de Basilea, etapa en la que permaneció por espacio de una década y en la que de paso intervino en la guerra franco-prusiana. Posteriormente se le atisbó en un continuo peregrinar por ciertos países de Europa quizá en búsqueda del santo grial de la certeza acerca de la fuerza y de la voluntad de poder, tras la publicación de su primer texto *El origen de la tragedia* (1872). Sobrevino su ciclo más productivo y en donde floreció como un crítico acucioso de los valores tradicionales de Occidente enraizados por el cristianismo (*Humano, demasiado humano* (1878), *El viajero y su sombra* (1880), *La gaya ciencia* (1882), y *Así hablaba Zaratustra* (1884-1885), *Más allá del bien y del mal* (1886), y en 1888 la obra defini-

tiva de corte autobiográfico *Ecce Homo*, entre otras faenas) hasta que el 3 de enero de 1889 sufrió un colapso mental en Turín y con esa caricatura de su esplendor permaneció hasta el día 25 de agosto de 1900 cuando murió en Weimar.

Retrotrayendo la mirada hacia su pasado, es conveniente indicar que además de haber sido un filólogo consumado, hábil polemista y filósofo radical del pesimismo⁹ y del nihilismo, fue una de las personas que más duramente atacó al cristianismo, con un énfasis que solo superaría al de Saulo de Tarso cuando perseguía con saña a los primeros cristianos, y como puede apreciarse a esa obediencia religiosa le ha correspondido en suerte haber sido asaltada, agredida y vilipendiada desde diversos frentes y con armas de todo calibre, por eso que hay que perpetuar persistentemente la frase del maestro del apóstol, un famoso doctor de la ley de los gentiles cuando advirtió al Sanedrín en la era apostólica que dejaran en paz a esos predicadores pues si esa sucesión de alocuciones eran acción en el fondo de Dios iba a permanecer inalterable y a alcanzar sus frutos, de lo contrario, rápidamente iban a caer en el olvido como todas las cosas humanas (Hechos 5, 38-39, “S.B.”). Es que el ateísmo de Nietzsche era una cosa muy seria, más que la de Marx o de Feuerbach por-

7 “Mis precursores: Schopenhauer en qué medida profundicé el pesimismo y me lo hice por primera vez verdaderamente palpable mediante la invención de su máxima antítesis, luego los artistas ideales, aquellos descendientes del movimiento napoleónico, luego los europeos superiores predecesores de la gran política, luego los griegos y su surgimiento... los alemanes y el espíritu... la educación personal del filósofo en la soledad, lo dionisiaco...” (Véase: Nietzsche, F. (1992). *Fragmentos póstumos*. Bogotá: Norma, p. 16).

8 En 1864 sin demasiada convicción como dijeron sus biógrafos ingresó a la Universidad de Bonn a estudiar teología y filología y al comenzar a leer una serie de libros contra Cristo poco a poco se fue alejando de la religión paterna, dejó la facultad y en 1865 entró a la Universidad de Jena a estudiar filología bajo la férula de un gran maestro F. Ritschl que mucho iba a incidir en el desarrollo de su personalidad intelectual, pues lo estimulaba a escribir numerosos trabajos de corte filológico y de esa ciencia saltó a la filosofía y como ya tenía un excelente palmarés se vinculó en 1868 a la Universidad de Basilea, solo con el título de sus antecedentes literarios (Nota del autor. Véase además: Valesi, *op. cit.*, pp. 21 y ss.).

9 “He procurado pensar el pesimismo en profundidad” —dijo en sus *Fragmentos póstumos*— “para redimirlo de la estrechez e ingenuidad medio cristianas, medio alemanas que me salió por primera vez al paso en la metafísica de Schopenhauer... encontré que Dios es el pensamiento más destructor y más hostil a la vida... Yo traigo ahora una nueva interpretación, una interpretación inmoral, dicho en términos populares: Dios ha sido refutado, el diablo no... Dios es una hipótesis demasiado extrema...” (Véase: Nietzsche, Federico, *op. cit.*, pp. 13 y ss.).

que no solo proclamó la muerte de Dios –aquellos estrictamente negaban su existencia– sino que asumió las derivaciones de esa perorata: la desvaloración de todos los valores o el nihilismo en donde todo era a la postre en vano (Colomer, 2002). Empero fluye paradójicamente una semejanza con el discurso de Saulo de Tarso ya que este igualmente advirtió que: “si Jesús no resucitó vana también es nuestra fe...” (1 Cor 15,14, “S.B.”) y eso condujo a que ambos discutieron el asunto de Dios, por sus secuelas en el caso de que hubiere muerto ya o en el caso de que el Mesías no hubiera resucitado y lo colocaron de presente uno como evento, el otro como posibilidad respectivamente.

La afirmación de Nietzsche y la eventualidad de Saulo de Tarso para el caso subexamine se convierte por donde quiera que se le atisbe en un enigma salvo que esos planteamientos comporten un trasfondo matemático y a la sazón como ciencia exacta que es, todo eso se hallaría claro y comprensible y uno quedaría más o menos seguro de esos dos acontecimientos cuyo desenlace se produjo por procedimientos fidedignos que palpablemente alcanzaron su objetivo, sin embargo cuando me detengo a cavilar que no estoy frente a un tópico matemático ante el cual tenga que rendirme sino todo lo contrario, frente a acaecimientos que no tienen nada que ver con tal disciplina, siento vértigo y una sensación de perplejidad, y debo buscar entonces en una reflexión profunda sobre el nexo entre conocimiento, sentido del conocimiento y objeto del conocimiento en un entorno donde no

hay certeza como tuve ocasión de explicarlo en pie de página anterior. Pero por encima de todo debo escudriñar un punto de partida radical, una dimensión tangible que me permita aun en el caso de la duda más angustiosa considerar de paso otras opciones que pudieran ser fiables y contrarias al juicio problemático de los dos personajes aquí escrutados. Husserl reclamaba para eso, una vivencia intelectual, para hacerla objeto de un acto de puro ver y captar y luego mirarlo como un dato absoluto o su prolegómeno (Colomer, 2002). Yo por el momento atisbo para ese fin o experiencia límite, el sentido de aquel portentoso de Jesús cuando los fariseos interrogaron al ciego sanado (Juan 9, 24, 25, 26 y 27, “S.B.”).

4. La obra de Saulo de Tarso

Al observar la faena literaria de este titán del cristianismo así como la de aquel paladín del ateísmo substancial, uno no puede menos que recapacitar en términos puntuales que a esta pareja se les ama aún o se les vitupera todavía, pero fatídicamente no los leen, ni siquiera han atendido su pensar y por eso las generaciones sobrevivientes no han alcanzado a respirar el aire de sus escritos pues no saben que esos testimonios fueron concebidos en la altura, en la cima y por ello contienen un céfiro dinámico, vigoroso a pesar de todo. El icono de meditar más cercano a uno, es Saulo de Tarso, dominicalmente durante la homilía de cualquier obediencia cristiana, se repasa su correspondencia con las diversas iglesias del Asia Menor y con algunos de sus prosélitos, no obstante, ¿qué partido toma el feligrés

cada domingo? Tal es la cuestión en efecto.¹⁰ Al escribir a las iglesias o a los pastores, este apóstol de los gentiles consolidó un género literario, la epístola, igualmente es de recibo señalar aquí que Nietzsche vigorizó el aforismo al poner sobre el papel su enrevesado pensamiento y pautar sus exigencias dialécticas de cambio sustancial; las epístolas paulinas, bueno es aclarar, se hallan dentro de la Biblia en un orden que no consulta la realidad cronológica, baste indicar por razones de espacio que a partir del año 51 d.C. Saulo de Tarso se dirigió por dos ocasiones a los tesalonicenses usando ese medio y durante la cautividad romana culminó sus epístolas pastorales dirigidas a Timoteo y a Tito (Pouppard, 1987). En el interregno de más de una década fueron remitidas las restantes cartas y un siglo y pico después se seleccionaron por el célebre Marción para ser incorporadas a continuación al canon bíblico en una fecha muy posterior que podría oscilar entre Constantino y Teodosio. No hay certeza.

Esto merece un comentario adicional. Muchos expertos consideran o han considerado

que algunos pliegos¹¹ no fueron elaborados por el apóstol cuyo trasegar por todo el Asia Menor fue una auténtica odisea, una de ellas fue la Carta a los Hebreos y otra la Carta a los Efesios e incluso se duda de la epístola a los colosenses, pero la mayoría son contestes en asegurar que a pesar de esos reparos, el argumento de cada una de ellas, recogió en esencia el estándar paulino alrededor de la gracia para anunciar un evangelio que no era de inspiración humana (Pouppard, 1987). La conversión de Saulo de Tarso fue el eje sobre el cual gravitó toda su obra, su fe de antiguo fariseo sufrió una asombrosa mutación y así como quiso imponer lo que creía cuando era judío, igualmente procedió con una convicción afianzada cuando asumió su nuevo compromiso con Cristo. ¿Ambicionó dar con ello un sello peculiar a su predicación? Es muy factible. La comparación, en todo caso, de la actitud de Saulo de Tarso con el rabinismo judío bien se puede cotejar con la actitud de Nietzsche hacia su persona, a la que llamaba “un monedero falso” y hacia el cristianismo en general por la dureza que le imprimió cada uno a sus aseveraciones, no obstante que la agresión del pensador alemán, no afectaba tanto a Cristo como a sus discípulos, pues él sí tenía una mente filosófica según su leal saber y entender, vaya incongruen-

10 No es posible que todavía se oiga a Saulo de Tarso con su sucesión de advertencias a los romanos y a otras comunidades (Rom: 1, 18, 26,27. 2 Cor 1, 11. Col. 3, 18, 19, 20 y 21, “S.B.”) y persistan las mismas actitudes de los seres humanos sin que se avizore un cambio de postura, todo va de mal en peor, entonces: ¿para qué recabar sobre sus exhortaciones si se oyen como se escucha llover? La ciencia desde la época paulina ha avanzado de una manera colosal, en cambio en el terreno de la moral se sigue igual o peor que en aquella época, porque las admoniciones de este apóstol continúan transmitiéndose como si fueran de ayer por la tarde y casi nadie las supiera. Lo ideal hubiera sido que en la actualidad se recordaran esas cartas como algo ya superado a efecto de equiparar una generación con otra y percibir los cambios de frente que han sufrido por el amor a Dios (Nota del autor. Véase además: *La Santa Biblia, op. cit.*, pp. 1407 y ss.).

11 La mayoría de las cartas paulinas, o mejor, todas las cartas, tenían un carácter decididamente descriptivo y eso se tradujo en un contante accionar repleto de polémica, de censura y de anatema (2 Cor 10,6. Gal, 2,11. Id. 3, 1, etc.) no es de extraño, por ende, que se sostenga que algunos acápite del libro del apocalipsis, los primeros capítulos (Apo. 2, 1-7) constituyan en el fondo un cuestionamiento del proselitismo paulino, tan ajeno a la dinámica de los demás apóstoles y del mismísimo Jesús que muy pocas veces se alteró por el comportamiento de los hombres de su tiempo (Juan 2, 13-22). (Nota del autor. Véase además: *La Santa Biblia, op. cit.*, pp. 1325 y ss.).

cia, abalanzarse sobre los seguidores en vez de arremeter contra el maestro.

Saulo de Tarso se sirvió del vocablo fe, de tal suerte que lo entendía como algo que no era extraído de los sentidos sino que sobrepasaba con creces a la razón humana. La fe era pues el arquetipo del nexo entre Dios y el hombre, no una mera clave de acceso. Conforme a su punto de vista plasmado en las diversas epístolas (Rom 1,8, ID. 1,17. Gal. 3,11. Heb 10,38. 1 Cor 13,2. Efe 2, 8. Col. 1, 23. Tito 2, 2, “S.B.”, etc.) esa fe brotaba del corazón humano invadido por la gracia de Dios (Rom 3,24. 2 Cor, 6,1, “S.B.”, etc.) y no constituía el simple espejismo de una criatura que no sabía para dónde coger en el difícil sendero de la vida. La necesidad de la fe no debe conceptuarse desde bases empíricas y científicas cuya actividad cuestiona ese idealismo, pero eso no obsta para indicar que si la experiencia y la ciencia son las que señalan ciertos límites a la verdad en lo que afecta a la naturaleza de las cosas eso no impide que la fe no solo sea una ilusión fortificada por la gracia y el sentimiento sino que integre un fragmento de la naturaleza de las cosas humanas y susceptible, por ende, de manejar su propio protocolo de verdad.¹² Igual-

mente aquellas iniciativas ejecutadas por Cristo, fueron para este apóstol, auténticos prototipos de las cosas celestiales (Juan 9, 1-33. Luc 14,7-14. Mt 22,15-22, “S.B.”) y no escuetas expresiones de su actividad profética. Yo admito, por ende, que él se encargó de borrar¹³ esa calidad de profeta que le endilgaban a Jesús por otra de mayor alcance o raigambre en torno a la nueva religión (Rom. 8, 3. Gal 4, 4. “S.B.”).

5. La obra de Nietzsche

Hablar de una posición contraria de este intelectual alemán con relación a las afirmaciones del apóstol de los gentiles, será demasiado poco ya que la determinación de la postura de uno tuvo que ver con las indicaciones del otro, una especie de sucesión y obvia correspondencia entre un antecedente y su consecuente (Burleigh, 2009), y de esa manera se desfogó este filósofo atormentado por despojar a la naturaleza de sus atributos divinos (Nietzsche, 2002). Es de resaltar que a Nietzsche siempre le importunó el repiqueteo de las campanas del templo, quizá influyó en eso, su infancia en medio de una familia pietista, y pudo opinar al adquirir una edad pertinente, que era un simple rumor que le engañaba, empero, ¿qué murmullo creían escu-

12 La definición nominal de la verdad es la conformidad del conocimiento con su objeto pero se pretende manejar un criterio o canon seguro acerca de la verdad de todo conocimiento. Un criterio universal de verdad, dijo Kant, sería aquel que tuviera validez para todos los conocimientos al margen de sus objetos y como eso no ha sido posible hasta ahora, es menester, entonces, conformarse con ciertas configuraciones lógicas que establecen las condiciones formales de la figuración en el entendimiento de todos los conocimientos y llegado a ese punto es menester poner en claro que lo que se entiende o se conoce por la fe paulina se ve a la luz de sus principios ideales por intermedio del yo creo que expresa un acto paralelo al yo pienso y al yo existo y ese tripartito modo de pensar puede reputarse como una forma dada *a priori* que muchas veces la

persona ni se percata pero que en el fondo es una verdad tan grande como una catedral. Es un concepto puro o *a priori* y no empírico, que solo pertenece al pensar y es algo elemental (Nota del autor. Véase además: Kant, I. (1999). *Crítica de la razón pura*. Barcelona: Alfaguara, pp. 97 y ss.).

13 No solo se limitó a eso sino que su actividad abarcó espectros tan amplios que se necesitarían varios libros con miles de páginas cada uno para explicitar esa fantástica labor que cubría la teoría y la práctica en gran escala, y por razones de espacio es preciso detenerse aquí y saltar al escenario del otro personaje para que la confrontación tenga ribetes de igualdad o equivalencia (Nota del autor).

char sus oídos? ¿qué había podido abatirle así? Es que se reputaba que estaba llevando unas cadenas y como a todos le perseguía el ruido de las mismas, pero como no ambicionaba ni el seguir ni el guiar, tuvo que acostumbrarse a acurrucarse a soñar en encantadores desiertos, acordarse de sí mismo desde lejos, seducirse a sí mismo y caminar hacia sí mismo (Nietzsche, 2002), eso le costó caro y lo pagó con creces en el juego de la existencia. Un desertor –igual que Saulo de Tarso– podrá no ser indigno pero en cambio sí podría ser íntegro, en todo caso esto lo afectaba en grado sumo... ya que envolvía sentir una re-significación de lo que hasta aquel momento venía sintiendo. ¿Pudo sustraerse de ese sentimiento acerca de la divinidad? Ahí está el detalle. La obra íntegra de Federico Nietzsche hay que mirarla desde esa óptica, la de un prófugo de sus primeras convicciones religiosas y no es de extrañar que quizá al no poderlas desterrar como quería, embistió la trayectoria de la religión cristiana y se tuvo que dar coces contra el aguijón por esa actitud desafiante. Es que la totalidad de su trabajo filosófico fue un desafío a lo establecido por los que detestaba o presumía detestar.

La idea básica del pensamiento de Nietzsche y desde luego de la totalidad de su obra o por lo menos de buena parte de ella, era la valoración de la existencia por la existencia misma, la apreciación de la vida como voluntad de afirmación del hombre frente a la frenética sistematización del mundo y por eso su desprecio por la escala de valores de la ética cristiana y burguesa, pero sustancialmente de la ética paulina a la que acu-

saba de simulada pues tendía a que el individuo se convirtiera en un esclavo, en un componente más del rebaño¹⁴ y dejara de pensar o de combatir¹⁵ en mudarse en un superhombre más allá de la vida y de la muerte por conducto de la aseveración de lo vital por excelencia: la fuerza y la voluntad de dominio. Solo desde ese ángulo, se podría vislumbrar el progreso histórico y no la mera repetición, el eterno retorno. Ya con su primer texto *El origen de la tragedia* (1872) indagó por los griegos y bajo qué presupuestos dejaron ellos atrás el optimismo ancestral de su raza y cayeron en la trampa que les tendió el arte

14 Durante mucho tiempo decía Nietzsche, el hombre había pertenecido al rebaño, y el destello de esa conciencia brillaba aun en su pena y esa pena le impedía seguir el camino de su aflicción que era el camino hacia sí mismo, el camino de la soledad y poder en esa forma mostrar en esa forma su derecho y su fuerza para despojarse de esa ladina condición. Desde luego que existía en el individuo una ansiedad por elevarse y sacudirse de esa ruin condición pero al estar repleta esa ansiedad de convulsiones codiciosas todo quedaba reducido a meras intenciones. Empero aquel que insistía en quemarse en su propia llama, se mutaba en hereje de sí mismo y se llevaba entonces por encima de los demás y cuanto más alto subía, tanto más pequeño le veían los ojos de la envidia del resto del rebaño. Iba en pos del cargo de pastor (Nota del autor. Véase además: Nietzsche, F. (1997). *Así hablaba Zaratustra*. Bogotá: Editorial Cometa de Papel, pp. 52 y ss.).

15 Los filósofos ateos del siglo XIX creyeron que efectivamente la religión cristiana en cuanto cooperaba con el estado burgués era una religión con un tipo de ideología supraestructural y de esa manera era el opio del pueblo, pero se olvidaron de sopesar que había otra corriente religiosa dentro de ese cristianismo que no estaba acomodada al sistema que no medraba a sus expensas, era la que estaba con la infraestructura, con los pobres y desposeídos y luchaba cuerpo a cuerpo con ellos en pro de las reivindicaciones sociales y si bien hablaron esos pensadores de ese tipo de obediencia como una especie de protesta, como si fuera algo excepcional, no la equipararon cómo debía ser, con la que estaba en la cúspide y la desecharon haciéndola invisible. Si ellos, y pongo también a Nietzsche, se hubieran percatado de que en el N.T. y los auténticos prosélitos cristianos que siguen sus instrucciones, la consigna ha sido el trabajo, el afán, la lidia, el enfrentamiento, la actividad y que han sacado muchas veces sus fuerzas casi que de la nada, habrían variado de criterio, pero de pronto eso podría alterar sus planes metodológicos (Nota del autor. Véase además: Marquinez Argote, G. (1993). *Filosofía de la religión*. Bogotá: Universidad Santo Tomás, p. 55).

y más tarde la tragedia, y sobrevino, por ende, el pesimismo que se propagó rápidamente por Occidente, pero quizá su texto más influyente, fue *Así hablaba Zaratustra* porque iba dirigido a todos y a ninguno, y por dentro del mismo describió el desenvolvimiento del espíritu humano que iba desde la obediencia (camello) a la afirmación (niño¹⁶) atravesando por la negación (el camello)...” Romped, rompedme, hermanos míos, esas devotas tablas de los devotos, ¡Destruid las palabras de los calumniadores del mundo! (Nietzsche, 1997).

6. Una aproximación a los dos solitarios

A fuer de correr el riesgo de ejercer una intimidación hermenéutica y de adecuar un pensador a los bosquejos del otro, debo dejar constancia que solo concurre en este incidente una mera asociación fenomenológica. Más allá de cualquier distinción entre Saulo de Tarso y Federico Nietzsche queda abierta la materia acerca

de si alcanza a concurrir un contexto de sustento que resguarde tal tentativa y a eso se reducirá este ítem ya para finalizar esta ponencia. Habituaba en ellos la sensación de que era indispensable devolver a la tierra, pero especialmente al atribulado corazón humano, la paz, justicia pedían contra la injusticia pero uno la intimaba desde la perspectiva divina y el otro desde la perspectiva del superhombre porque ya el tenebroso carro de la noche se precipitaba en los cielos y era tiempo además de que los viajeros fijaran el ancla en el puerto para reposar. Pero había un problema a fuerza de insistir en ella se gastaría su oro y se volvería plomo (Nietzsche, 2002) y entonces la solución estaba en acudir a Dios y a la vida misma para que los librara de aquel dios (Nietzsche, 2002). ¿Puede considerarse la actividad de Nietzsche como el paso del mito paulino al logos nihilista-paulino por tanta agresión en pos de esa armonía? Si bien puede ser una ilusión solo si el desencantamiento del mundo ha sido una ley general del desarrollo de la humanidad o sea su dirección única, a la sazón es probable admitir ese tránsito como acaeció de Platón a Aristóteles, de Tolomeo a Copérnico, de Descartes a Hegel y de Hegel a Heidegger y así sucesivamente. Resta por agregar que ese paso del mito paulino al logos nietzscheano es en un sentido filosófico-religioso, una especie de sincretismo, para revalorizar tanto lo uno como lo otro (Nietzsche, 2002) y para aclarar como muchas veces convienen las embestidas porque es justamente ahí donde se acredita la fortaleza de un sistema.

16 No deja de ser interesante que Saulo de Tarso también hablara del niño en términos semejantes o sea para aludir a una actitud diferente (1 Cor 3, 1, 2) o sea portador de la verdad propia o la voz de un tiempo que sería más pertinente para el cambio de mentalidad del género humano. ¿Qué era eso que quisieron los dos dejar ver con esa figura? Aquello que de modo inmediato no se mostraba aún pero que era preciso que se mostrara, una especie de no estar dado, estado de oculto y estar dado después en términos contemporáneos. Excusas por el anacronismo. Conviene añadir, sin embargo, que no se ha logrado trazar en ninguna parte el proceso de formación integral del hombre cristiano en aquel tiempo sino a partir del ideal del hombre que forjó Saulo de Tarso (1 Tim 1,3-11. 2 Tim 3, 1-17. Fil. 3, 8-15) y en vista de los tropiezos de carácter histórico y político que sufrió el súper hombre que forjó Nietzsche que condujeron a su neutralización por la desfiguración que sufrió, es de lamentar igualmente que es preciso seguir manejando todo eso desde la esfera de lo ideal o de la ficción sin que sea plausible hablar de una adecuada expresión del espíritu que animaba a tales prototipos (Nota del autor. Véase además: *La Santa Biblia, op. cit.*, pp. 1431, 1479, 1489, 1496 y ss.).

El lenguaje¹⁷ usado por los dos con su poder seductor fue un talismán que embelesó adeptos y los volvió incondicionales, es que le proyectó cada uno desde su minarete una característica universal y era la fijación de una idea básica sobre la cual giraba todo el discurso, no era una especie de lenguaje secreto dirigido a los prosélitos o a los iniciados, más bien una clave de acceso para fijar y comunicar lo que se había meditado, con una diferencia, en Saulo de Tarso provenía de su adhesión incondicional a Cristo que lo tonificaba (2 Tim. 3,16-17, “S.B.”), en tanto que en Nietzsche provenía de ese desaliento por la existencia que lo impulsaba a buscar un mejor sendero, para eludir sus contrariedades (Nietzsche, 2000). En la palabra se hallan del mismo modo analogías entre los dos y con ello la sabiduría que ha encerrado el lenguaje exteriorizó que ahí se topaban dos camaradas disímiles en una cita casi a ciegas. Lo decisivo es en todo caso que al mirar la proyección del lenguaje de cada uno, vertido en forma de epístola o en forma de aforismo, podía resultar una convivencia arreglada ya que se hallaban sujetas a unos fines propios. O sea a la conversión y a la re-conversión o des-conversión respectivamente

17 Si en realidad se pudiera el lenguaje de tanto elemento inútil, podría desatar muchas incógnitas pero cada día ante la profusión de términos y más términos, de tanta tautología y frases sin sentido, se cae en un parloteo sin sentido ni coherencia. Es menester, entonces, que los componentes de cada frase guarden proporción con lo que se quiere decir para que todo fluya con orden y puedan entenderse mejor las personas y así el mundo ganara en coherencia y consistencia. El N.T. y algunos textos de Nietzsche requieren de una urgente revisión semántica, de una reordenación de las proposiciones que los sustentaron para efectos de intentar comprender mejor qué fue lo que en realidad quisieron los autores expresar como real o como factible, pues muchos hechos aparecen aun desacomodados (Nota del autor).

del hombre. “Mira fijamente a las cosas que aunque lejos están, sin embargo siempre presentes en tu mente” Parménides (Gadamer, 1997).

¿Qué me resta por señalar? Acerca de los dos protagonistas muchas cosas, pero por razones de espacio, tendré que comprimirlas a un poster tema. Cuando alguien como Saulo de Tarso o como Federico Nietzsche se empeña en obtener la visión de algo y la consigue en términos más o menos puntuales o como lo deseaba, halla ese individuo dificultades infinitas para escapar del hechizo que arrastra consigo esa novedad y entonces corre el riesgo de bambolearse peligrosamente cerca del abismo. Por consiguiente, al percibir Saulo de Tarso y Federico Nietzsche que habían conseguido proporcionarle el toque apropiado a sus pretensiones, desde sus alminares la distorsión de esos beneficios principió a rondar por sus testas y amenazó seriamente la existencia misma de los dos. Uno pudo salir más o menos adelante por el proceso judicial que le tocó afrontar y su posterior remisión a Roma, donde al dejar de escribir, salvo lo indispensable, para desahogarse cesó un poco la inquietud, el otro en cambio al persistir en su estilo reivindicatorio de la humanidad, sucumbió en medio del laberinto de la locura. Ante una personalidad inquietante el destino se desarticula en tenebrosas elucubraciones para conducirla al despeñadero de la lobreguez. Y tirarla¹⁸ luego. “¿Cómo escalaré la montaña? Sube sin cesar y no pienses en ello” (Nietzsche, 2002). “Ten cuidado de ti

18 Los ejemplos son muchos: Holderlin, Candelario Obeso, Gómez Jattin... (Nota del autor).

mismo y de la doctrina, persiste en ello, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren...” (1 Tim 4,5, “S.B.”).

Todavía queda algo más que agregar. El mundo de Dios que representó Saulo de Tarso rememoraba o representaba los poderes espirituales y morales de su Hijo, la subyugante racionalidad con que interpretó esos rasgos basta para reconocerlo sin ambages. Desde luego que no es fácil darle empaque a esa narración paulina pero a pesar de ese arrojito por hacerse creíble y persuadir, se distingue no solo un mundo lejano sino asequible y proyectado desde aquí y por consiguiente verosímil, en cambio el brío desplegado por Federico Nietzsche para darle realce a su súper hombre en este mundo a través de la desvalorización de todos los valores solo alcanzó una cota teórica de aceptación y en términos prácticos solo sirvió de parapeto a modelos extremistas o autoritarios, y de ahí se mutó en una quimera. La visibilidad de lo invisible se hizo entonces factible gracias al pulso del apóstol, la fuerza con que irrumpió y se mantuvo por tan largo tiempo es señal de que no está pasada de moda, sino que parece recibir estímulos de todos lados a pesar de la reiteración de ciertos tópicos. Bajo ese tamiz, al abrir análogicamente un paréntesis a la temporalidad con esas esquelas o liquidarla con vista a lo eterno, a mi entender, no solo superó con creces el plan sentencioso del filósofo alemán sino que tuteló la traducción del más allá con mecanismos perceptibles aunque necesariamente lo que dijo no constituya plena prueba, fue un ardor dialéctico

y nada más y cada individuo deberá sopesarlo y adoptarlo si lo reputa ventajoso y concluyente.

COLOFÓN

¿Resultará pueril indagar si Saulo de Tarso tenía razón cuando indicó que había ya el mediador de un nuevo pacto (Heb 8,6-7-12, “S.B.”) o por el contrario Federico Nietzsche se encontraba en lo cierto al reclamar del hombre liberarse de una servidumbre y urdir nuevos valores? (Colomer, 2002) ¿Acaso tenían más pertinencia los presupuestos subjetivos e implícitos de corte paulino que los postulados objetivos y explícitos de corte nietzscheano? Hay que empezar desde una certidumbre intrínseca partir del Yo y luego evaluar las pretensiones de uno y de otro en función de los problemas que intentaron resolver o de las respuestas que quisieron dar y si cabe encajarlos en un plano personal para sentir luego y eso es lo importante que el espíritu se regocija por tales ofrecimientos y de paso abrigar la pujanza imperiosa para convertirse en el último hombre en pos de la eternidad. Solo así podría cada uno responder esas preguntas consensuando ambos entresijos, suprimiendo los dos o simplemente optando por uno, con el riesgo en este último caso de arribar solitario a mitad de camino.

Una frase enigmática de Hegel me auxiliará a perfeccionar este acápite: “Dios no existe, pero existirá”.

REFERENCIAS

Abbagnano, N. (2004). *Diccionario de Filosofía*. México: FCE.

- Agamben, G. (2008). *La potencia del pensamiento*. Barcelona: Alfaguara.
- Burleigh, W. (2009). *Sobre la pureza del arte de la lógica*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Colomer, E. (2002). *El pensamiento alemán, de Kant a Heidegger*. Barcelona: Herder.
- Gadamer, H. G. (1997). *Mito y razón*. Barcelona: Paidós.
- Kant, I. (1999). *Crítica de la razón pura*. Barcelona: Alfaguara.
- Kant, I. (2004). *Crítica de la razón práctica*. Buenos Aires: Losada.
- La Santa Biblia* (1989). Versión Reina Valera, Bogotá: S.B.U. (Citada como "S.B.").
- Marquinez, G. (1993). *Filosofía de la religión*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Nietzsche, F. (1992). *Fragmentos póstumos*. Bogotá: Norma.
- Nietzsche, F. (1997). *Así hablaba Zaratustra*. Bogotá: Cometa de Papel Editorial.
- Nietzsche, F. (2002). *La gaya ciencia*. México: Editores Mexicanos Unidos.
- Pouppard, P. (1987). *Diccionario de las religiones*. Barcelona: Herder.
- Renan, E. (1942). *Diálogos filosóficos*. Santiago de Chile: Ercilla Editorial.
- Shakespeare, W. (1991). *Obras completas*. México: Aguilar.
- Valesi, E. (2007). *Federico Nietzsche, la máscara de Dionisos*. Buenos Aires: Editorial Lea.